

Un breve sueño

Detrás de un magnífico pero breve sueño quedaba en mi memoria un fulminante viaje a lo largo de un huidiza y derecha carretera.

Me desperté, al poco, sobre un paraíso de guata blanca blanca que huía bajo mis pies animada de no se qué timidez. De vez en cuando la mancha blanca, cual sugerente "body" semitransparente dejaba ver un fondo de azul, diría de azul de Prusia, salpicado de numerosas perlas que se me antojaban valiosísimas.

El manto de algodón blanco se iba desvaneciendo y su espacio estaba siendo ocupado por la nada etérea que, como un cristal pulcrísimo, parecía reflejar mil formas de su interior vacío. Al poco me hice consciente de un ruido que al principio parecióme suave y poco a poco devenía en más y más aturdidor hasta que alcanzó un límite que creí soportable.

La gente a mi alrededor tomaba la cosa con la mayor naturalidad, como si fuera la enésima vez que subían al paraíso. A mí, sólo un recuerdo remoto me hacía crujir el cerebro en una de esos modos casi imperceptibles que el organismo, el alma o lo que sea se manifiestan y, de pronto, las sensaciones decayeron, las ténues e incorpóreas formas del exterior se acercaban, la sensación de realidad con su amargura y pesadumbre que había creído desterrada, se aproximaba de nuevo. Era un viaje al olimpo que al parecer era de ida y vuelta.

Y de pronto, una impersonal y metálica aunque femenina

voz anunció:

-Señores pasajeros: hagan uso del cinturón de seguridad. Dentro de unos minutos tomaremos tierra en el aeropuerto de Lanzarote, apaguen sus cigarrillos y pongan su asiento en posición vertical. El comandante Aguilar y su tripulación les desan una feliz estancia y confían en verles de nuevo a bordo.

Por fin deje de mirar por la ventanilla.